

# Algo Parecido a la felicidad

## JOAQUÍN ARMANDO CHACÓN

Cuando Susana, Victoria y Jordi me preguntaron si realmente así era feliz, no lo dude ni por un instante. Sí, soy feliz. Se los aseguré. Creo que tengo lo que necesito.

Fue el día en que me insistieron en que fuera con ellos a esa merienda campestre, pues también habían invitado a PamTekElha, la nueva chica recién incorporada a la empresa.

Ella parece muy simpática, me dijeron Victoria, Susana y Jordi, y hace mucho que no te vemos con una chica. Aunque no acepté ir a esa merienda, estuve recordando los últimos meses.

Sí, fue el último día de febrero cuando la Carmen me soltó todo aquello de que no quería ya nada conmigo, que se había acabado su paciencia. Sí, el último día de febrero. Así es, para qué voy a mentirles. Regresé a la ciudad, me sentía ligero y tranquilo. Total: eso ya se veía venir. En la primera oportunidad fui con Gloria y le conté todo, mucho antes de terminar con la sopa de tallarines le comuniqué la buena noticia y todos mis planes. Bueno, no todos, no me dio oportunidad, apenas comenzaba a explicarle cuando Gloria me detuvo en seco. ¿Pero adónde vas, qué te imaginas?, así comenzó Gloria y siguió con mil barbaridades más y no terminó hasta decir su frase final: Gordo imbécil. Me dejó mudo, mirándola alejarse. Ni siquiera se había terminado la ensalada, un desperdicio. Aunque me zumbaban los oídos y sabía que todos me miraban, no era cuestión de desaprovechar las ensaladas ni los higaditos, ya los habíamos pedido. Y sí, qué le vamos a hacer, soy un poco gordo, no mucho, sólo un poco, me gusta comer. Además no sé de qué se quejaba Gloria, así nos conocimos, en ese restaurante, el de Misisa Fernanda. Allí estaba ella con sus amigas,

comentamos de mi buen gusto al seleccionar el menú y por supuesto esa vez hice gala de mis conocimientos culinarios. Mi charla despertó su interés, me di cuenta. Ante la risa de sus amigas, Gloria aceptó de inmediato la invitación. Cada dos o tres días allí nos encontrábamos, cuando ella salía de la fábrica donde trabajaba y, según me decía, su hermana podía ir a hacerse cargo de su anciano padre.

A lo mejor fue en ese tiempo cuando comencé a engordar. A Gloria no le preocupaba lo que comía, es bien delgadita, así que venían las chuletas, los riñoncitos, el pescado a la provenzal, los calamares y los camarones, los embutidos y el pastel de carne, y no se diga los postres. Era una delicia verla comer. Y seguía estando delgada, con ese cuerpo para hacerme agua la boca. Ya para entonces recorríamos los restaurantes de la parte oeste y algunas veces la llevé a los sándwiches de carne cruda de Marla, uno detrás de otro ante el regocijo de Marla, y



Elba Hernández

uno detrás de otro de los tarros de cerveza. Esa primera vez en los sándwiches de Marla fue cuando le dije que después podíamos ir a mi departamento, pero ella no aceptó y hasta se molestó un poco conmigo. Para entonces ya le había contado de Carmen, casi todo, y sabía que Carmen y yo estábamos comprometidos, pero también ya en ese entonces le había comentado de mis dudas. Después ya no se molestaba tanto cuando le hablaba del departamento, pero de todos modos nada, no quería ir, estaba lo de su anciano padre y lo del trabajo de su hermana y además, como ella decía, lo de Carmen. Era un no aunque no demasiado terminante y como por donde había como un resquicio al que le faltaba todavía quitarle unas cuantas capas a la cebolla.

Una vez, cuando ya habíamos quedado en encontrarnos, llegó toda apurada porque Susana, su hermana, no iba a poder quedarse con el anciano padre, hubo cambios allá en el trabajo de Susana y si faltaba perdería un día de sueldo. Pero yo tenía hambre y ganas de estar con ella, de mirar su forma de soltar las carcajadas, así que lo arreglé fácil. Gloria llamó por teléfono y le dijo a Susana que no había problema, pues de todos modos tendría su día de sueldo.

Esa noche llevé a Gloria a la trattoria de Don Pascuale. Sí, y el viejo italiano estuvo espléndido, platillo y platillo para acá y una y dos botellas de su reserva especial, y luego el cafe-cito express con la copita de brandy, la segunda y la tercera también. Total: nosotros consumíamos y luego yo pagaba la cuenta. Y un cuarto brandy, el guiño de Don Pascuale, vamos, don Santiago, una copa más y la convence, malicioso el viejo italiano, pero ni con el quinto brandy. Después Gloria se puso un poco molesta, me dijo aprovechado y atrevido y engorroso y terco, pobrecita, cinco brandis eran muchos para ella, le soltaron la lengua, pero también debo ser justo: a mí también me soltaron las manos, los antojos y la insistencia. Y luego Gloria insistió con Don Pascuale en que el viejo italiano le consiguiera un taxi. También yo lo pagué, aunque no aceptó mi compañía. Eso fue bueno, pues hubiera sido terrible devolver el estómago en el taxi. Lo hice en los lavabos de la trattoria y tuve que pagar algo extra para la mujer de la limpieza. Allá, en el fondo de la trattoria, el Guido cantaba alegremente alguna de esas canciones modernas.

Sí, quizá en esa etapa con Gloria comencé a engordar, aunque no niego que siempre me ha gustado la buena comida. Y ahora pienso que para eso salí de allá del pueblo. Además gano lo suficiente con mi empleo. Ya tengo aquí siete años, pero aún no lo suficiente para ahorrar ni para el enganche de aquel departamento que Carmen y yo íbamos a comprar para casarnos. Total: eso se acabo, lo de Carmen y lo de Gloria.

Después me puse a escribirle varias cartas a Carmen, pero ella no contestó ninguna. Me imagino que ni siquiera las habrá abierto, bien que la conozco a la Carmen, cuando se le mete algo se le mete muy adentro y no hay santo ni procesión que la haga cambiar. Así que ni se dio por enterada de que yo le preguntaba por aquel dinerito que al principio ella estaba guardando para el enganche del departamento. No era mucho, eso sí. Pero le hablé varias veces por teléfono, pero su tío, el de la tienda, dijo siempre que no se encontraba. La última vez hasta sugirió que dejara de molestar. Le hice caso. Total.

A Gloria la volví a ver una vez. Yo estaba allá en lo de Marla y los sándwiches de carne cruda, pero no había pedido de esos, sino de la nueva variedad, los de pechuga de pavo y lonjas de jamón y todos esos condimentos que Marla le pone, sin faltar las papas al horno rellenas de crema. En eso estaba cuando vi a Gloria a través de la ventana. Seguía delgada. No estaba sola: allá iba muy abrazada de un hombre flaco y alto. No me importó. Le pedí a Marla otra de esas papas rellenas de crema y un tarro más de cerveza. Pero yo creo que Marla se dio cuenta de algo, quizá por cómo me puse a partir la papa y revolverla con la crema, porque me dijo que no me atragantara, señor Santiago, no se haga mala sangre y coma tranquilo. Esa Marla sabe muchas cosas. Otro día me enteré que Gloria sí tiene una hermana, pero ellas dos viven solas, no hay allí ningún anciano padre, y que el hombre flaco y alto es instructor de atletismo o algo así. Pobre Gloria, seguro que nada más la hace caminar de un lado a otro y luego le invita una ensalada, lechugas y zanahorias, sin sal. Total, a mí qué.

De todos modos, Marla no quiso darme su receta de la salsa con tallarines para el estofado. Y fue cuando decidí utilizar mi tiempo libre para ir a estudiar alta cocina. Me inscribí y todo, pero luego, a la semana, el Jordi me invitó a ese desayuno-

no con su primo Joaquín y éste nos contó que había conocido a la script girl de la película que se estaba filmando en la ciudad. En la tarde pasaron por mí y fuimos a la locación, allá en el puente viejo. Qué aburrimento, una y otra vez la actriz norteamericana debía levantarse del suelo, gritar unas cosas y dar unos pasos para encontrarse con la actricita española y tener allí una conversación. Pero siempre algo fallaba, parece ser que una u otra decían lo que no tenían que decir o la española no entregaba a tiempo una carta y volvían a repetir la escena. Una vez, incluso, la starlet se levantó mal, trastabilló y allá fue al suelo otra vez. Gritó maldiciones en varios idiomas y allí suspendieron el rodaje por un rato. También a nosotros nos tocó del refrigerio ofrecido y Diana, la script girl, nos dijo que otro día filmarían cuando la starlet llegaba hasta allí y se tiraba al suelo por algo que la española le decía, y que el problema era que todavía no acondicionaban unas colchonetas para proteger las rodillas de esa estrella del cine. Por ahora se había dado un porrazo de la santísima madre y allí seguía lanzando maldiciones y quejándose de la mala comida en la ciudad, que no existía un lugar adecuado para una cena decente. No sé por qué tuve a bien escucharla, a no ser porque yo tenía ya bastante hambre a esas alturas. Total: me atreví a decirle de la trattoría de Don Pascuale, le describí el menú completo, agregándole varias virtudes. Ella me miró, fue calmándose, sonrió, preguntó si realmente existía ese sitio y el lugar donde quedaba. Total: la invité y ella aceptó.

Fuimos por ella en el auto de Joaquín, pero necesitamos alquilar un taxi pues también se habían apuntado la script girl, la actricita española, otra actriz que no habíamos visto antes, sueca, rubia, exuberante, que nos quitó el aliento a Jordi, a Joaquín y a mí. El Jordi hizo de las suyas, así acostumbra, otra vez les contaré de aquellas enfermeras del verano pasado, es otra historia y no viene al caso aquí, el caso es que Jordi hizo de las suyas y se fue en el taxi con la sueca. Don Pascuale se esmeró en sus atenciones, los platillos estuvieron exquisitos, la reserva del tinto se escanció con generosidad, el Guido cantó varias canciones de un repertorio nunca ofrecido antes y la starlet americana se reía con gracia, relataba sus experiencias en el arte y declamó varios de sus parlamentos. Pasada la

medianoche, Jordi se fue con la sueca a mostrarle el árbol torcido de dos calles abajo y ya no regresaron. Ya conocemos al Jordi. Después Joaquín comenzó con sus whiskies y la estrella decidió que ella no volvía en su auto, dijo que además era pequeño e incómodo, y la actricita española se puso de su lado. Diana se puso al volante y se llevó a Joaquín, Don Pascuale ofreció unos stregas cortesía de la casa, aunque los puso después en la cuenta final. Guido cantó todavía dos canciones antes de que llegara el taxi en que llevé a la starlet y a la actricita española a su hotel.

Al día siguiente Jordi no fue al trabajo. Victoria y Susana me dijeron que había avisado al señor Luntz de sus exámenes finales. Y ni Jordi ni la sueca fueron la noche siguiente a la trattoría. Tampoco se presentaron Joaquín y Diana, así que la starlet, la actricita española y yo cenamos solos. El tinto de reserva de Don Pascuale volvió a correr generosamente, sobre todo en la copa de la americana. Guido volvió a cantar las canciones de la noche anterior y escuchamos varias calumnias de la americana dirigidas a la sueca, y después la starlet puso su atención en la motocicleta de Guido y expresó su deseo de sentir el aire y la velocidad recorriendo la ciudad. Fue muy bueno que comenzara a darse cuenta de la belleza arquitectónica de esta ciudad. Ni ella ni Guido volvieron. Cuando estaba pagando la cuenta, la actricita española comentó de un antro nocturno donde se bailaba toda la noche y sugirió que a lo mejor la starlet y el Guido habían hecho una pausa allí. Fuimos. La actricita española bailaba todos los ritmos, era incansable y cuando yo no podía más no faltaba quien la acompañara. En el amanecer, después de haber recorrido todos los antros de la ciudad, fuimos a desayunar a la cafetería de su hotel. No estaban nada mal los platillos que allí preparaban, y Lola del Mar dijo que yo era su acompañante ideal, me besó varias veces frente al elevador, dijo que estaba cansada pero que yo era maravilloso, dijo que cenaríamos juntos y bailaríamos todas las piezas conmigo. Lola del Mar dijo que yo era un encanto y la puerta del elevador se cerró.

El señor Luntz me dijo que si no me daba cuenta de mi apariencia, un desastre, falta de profesionalismo, y Susana y Victoria me dijeron que Jordi había pedido permiso de faltar

una semana pues iba a encargarse de aquella investigación solicitada por el señor Luntz.

Aunque Lola del Mar ya no tuvo que aparecer en ninguna otra escena, se quedó unos días en la ciudad y hubo unas noches en que fuimos a cenar y bailar, es decir: ella bailaba y yo iba degustando los platillos de cada lugar. Me hice un experto de todos los sabores y sazones en ofrecimiento de la localidad. Una noche me encontré pensando que si Gloria me llegaba a ver, tendría entonces toda la razón en una de sus dos palabras finales. Pero también comprendí que así era feliz, probando de esto y de lo otro y hasta gozando del desayuno en la cafetería del hotel donde dejaba a Lola del Mar. Creo que a ella le molestó mi falta de insistencia con respecto a, bueno, a ello con ella, aunque no me lo dijo ni me lo demostró directamente, simplemente en la tercera ocasión que fui por ella me avisaron que ya había salido. No me importó. Total: me dirigí solo a donde tenía la reservación y probé de su carta, que no era de las mejores. En el centro de la pista, Lola del Mar se contorsionaba junto a un flaco melenudo. Fue la última vez que la vi.



Leonel Maciel

Como no estaba satisfecho de los alimentos en ese lugar, de allí tomé un taxi adonde Marla y sus sándwiches y sus papas con crema. Allí, mientras Gorgy bebía cerveza y molestaba a Marla con sus sueños e insinuaciones, se me ocurrió que yo debía poner un restaurante. Fue una buena idea, pues al día siguiente Susana y Victoria me pasaron el chisme de que el señor Luntz no estaba nada contento de mi desempeño en la última semana y hasta pensaba en despedirme, lo cual hubiera sido terrible, ya que el saldo de mi cuenta bancaria anunciaba alarma.

Me puse al corriente en mi labor e incluso con los pendientes del trabajo de Jordi, quien todavía tardó unos días en regresar a la oficina.

Desde entonces estoy volviendo a ahorrar lo que puedo con mi sueldo. Algún día volveré a inscribirme en el curso de cocina y quizá con el tiempo pueda juntar lo suficiente para abrir mi restaurante. Por ahora me he olvidado de lanzarme a conquistar mujeres y ni me fijo en ellas cuando voy a algún lugar para efectuar mis cenas, en lo que llamo mi investigación de campo en ese medio. Sin alguna compañía femenina, aun con los ahorros que estoy haciendo, siempre me alcanza para pedir un plato doble de aquello que más me agrada.

El señor Luntz está contento conmigo y mi desempeño, incluso hace poco, después de varios meses, me ha encargado organizar todo ese informe bastante desbarajustado de la investigación de Jordi, muy incompleto por cierto.

Así que aunque me he percatado de las miradas de PamTekElha, esa nueva chica en la oficina, que uno de los socios del señor Luntz le mandó desde algún lugar remoto en el norte de Australia, no he aceptado ir a esa merienda campestre que han organizado Susana, Victoria y Jordi con ella.

Y sí, he encontrado algo parecido a la felicidad en mi forma de vivir.

Hace poco fue abierto un restaurante argentino cerca de la plaza de las escaleras y tengo planeado ir pronto. He escuchado rumores de que los bifés tienen un buen tamaño y que sus precios no son demasiado elevados. ■